

Joseph Conrad

LORD JIM

Traducción de Ramón D. Perés

NOTA DE LECTURA PARA NADADORES

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Notas de lectura, Nadadores,
Fecha de Publicación: 15/07/2023
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

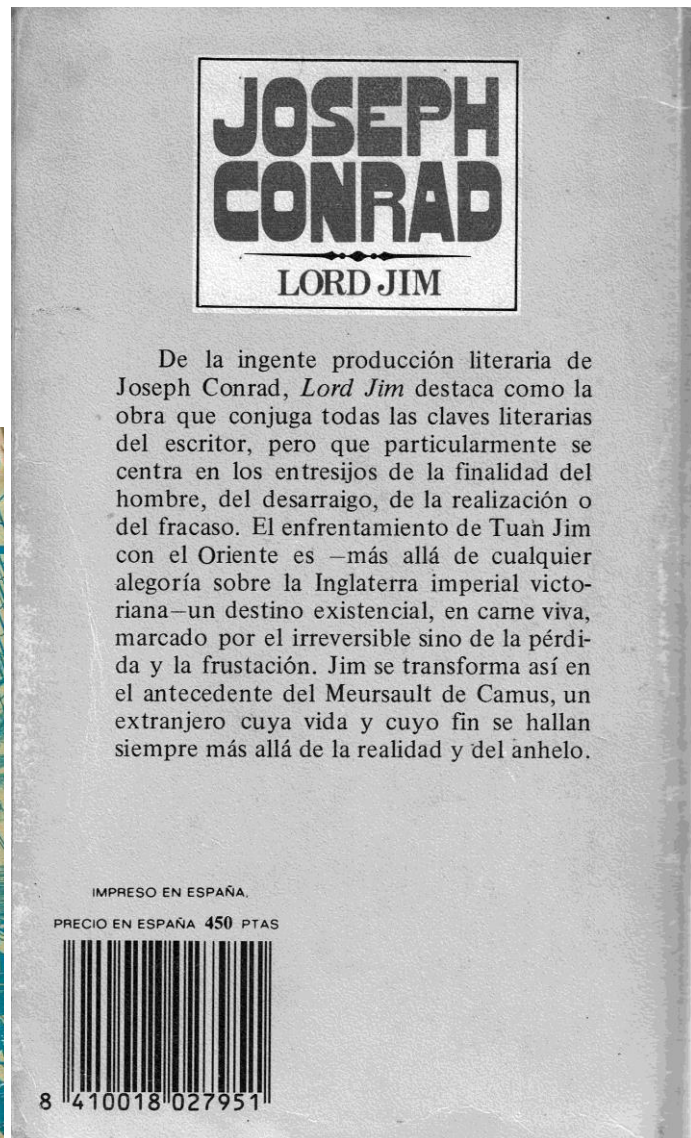
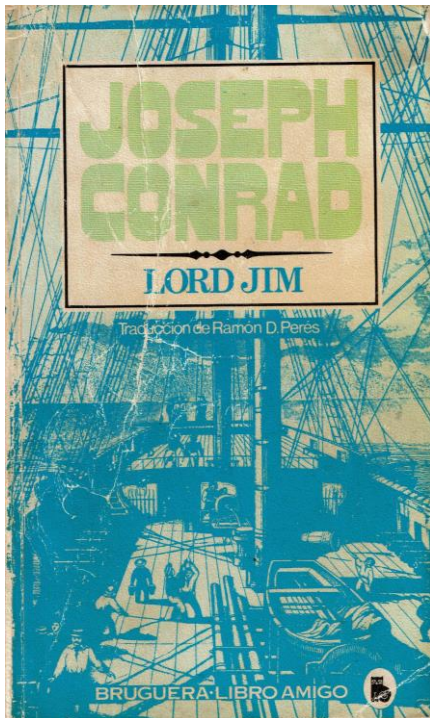
www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Joseph Conrad: LORD JIM

Traducción de Ramón D. Perés.

Barcelona, 1981, edit. Bruguera

NADAR ANTE EL DESASTRE



Una novela, desde mi punto de vista, tristísima y hermosa. Una historia trágica sobre la muerte de la ilusión a causa de la alta estima sobre sí mismo perdida debido a una alta exigencia que se percibe como traicionada en un momento de debilidad. Y autoengaño. O algo así, pudiera ser, que define sin apenas percibirlo para el personaje central de la historia un profundo desarraigo y un destino trágico. El fracaso de una redención en la que en un momento creyó. Y todo narrado por un personaje tan central como el protagonista, Lord Jim, que es otro marino que se convierte en su protector en la desgracia, Marlow. El personaje-narrador Marlow – Charlie – se diluye en esta novela si no se conocen otras dos en donde aparece, *El corazón de las tinieblas* y *Juventud*, que completarían su

retrato literario y le darían la perspectiva que aquí no aparece explicitada. Sin embargo, juega un importante papel pues es quien recomienda en Oriente a Jim a amigos suyos que le dan trabajo para poder huir de un pasado que le ha desprestigiado entre los suyos. O, como resume el propio Conrad en la nota inicial que escribe para la novela en 1917, a causa del “honor perdido”.

La juvenil elección de la vida de marino iba de la mano del afán de aventura y de la emulación de los héroes que había leído en los relatos literarios juveniles. Un personajes, pues, de la estirpe de *don Quijote* o de *Madame Bobary*...

...Quedábase a veces abstraído, viviendo ya con la imaginación, anticipadamente, aquella vida marinera que había leído en libros de literatura. Veíase ya salvando gente en un naufragio; picando mástiles en medio de deshecho huracán; halando un cabo, a nado, a través de la resaca, o bien como solitario náufrago, caminando descalzo y medio desnudo sobre las peladas rocas, en busca de mariscos, como momentáneo paliativo contra el hambre. Ora tenía que habérselas con los salvajes en playas de países tropicales; ora imponíase a amotinadas tripulaciones en alta mar, o, con el ejemplo de su serenidad, infundía valor a sus hombres, cuyo ánimo desmayaba al verse en frágil bote perdido en pleno océano. En fin: era siempre modelo en el cumplimiento de su deber, y tan firme y decidido en todo como un héroe de los que nos pintan en los libros. (C.I, pp.12-13).

Pero en el arranque de su vida profesional, demasiado pronto le llegó la desgracia en uno de sus primeros trabajos. Fue contratado como primer oficial o piloto en el *Patna*, un viejo barco de hierro cargado de peregrinos con destino a la Meca, para su viaje de *Hajj*, casi mil en total y que iban hacinados tanto en las bodegas como por la cubierta. El hecho literario se basaba en uno real sucedido en el verano de 1880, casi veinte años antes de la redacción de la novela, y conservó el asunto principal del suceso: ante una tormenta, el capitán y los oficiales de un barco abandonan el buque en un bote salvavidas y son recogidos por otro barco inglés, lo mismo que la nave averiada lo será poco después por otro francés, terminando el suceso con un juicio en el que serán condenados dichos oficiales a la pérdida de su capacitación profesional. El remordimiento por un acto así, hecho en un momento de ofuscación y debilidad, no le abandonaría desde el momento mismo de la tragedia, desde el bote mismo en el que se alejaba del barco que creía siniestrado en plena noche, y así lo evocaba para Marlow a quien había conocido a raíz del juicio en el que, al contrario que sus compañeros de huida, se empeñó en asistir y soportar completo hasta escuchar la sentencia condenatoria.

“Creo que, en los primeros instantes, sentía él en su corazón todos los sufrimientos, paladeaba el acumulado sabor del miedo, del horror, de la desesperación de ochocientos seres humanos sorprendidos en mitad de la noche por una muerte violenta y repentina, pues de lo contrario, ¿por qué hubiera dicho “Parecíame que debía lanzarme de aquel maldito bote al mar y retroceder nadando... media milla... más..., la distancia que fuera...”

hasta llegar al lugar del mismo suceso...?” ¿A qué hubiera venido tal impulso?
¿Comprenden ustedes lo que esto significa? ¿Por qué retroceder
hasta el punto mismo donde se hundió el barco? ¿Por qué no ahogarse en el camino...,
si ahogarse era lo que quería?
(C.X, p.124).

Las reflexiones sobre la vida en el mar de Jim y de Marlow se confunden, se entrelazan, hasta el punto de que se podría decir que el relato mismo es un canto mano a mano a la aventura y a la vida en el mar. Desde aquella primera desafortunada y trágica acción de Jim, su vida ya no pudo ser la misma, maldita por su propio remordimiento, por su sentido de culpa sin fondo. Y Marlow lo comprende y lo intenta poner en palabras, encontrar una explicación si no una justificación. Sus largas conversaciones con Jim – del que nunca se dice otro nombre a lo largo de la novela – van conformando esa reflexión misma.

La neblina volvía a cerrarse. Ignoro lo viejo que debía parecerle yo...
y los grados de discreción y buen juicio que él me atribuía. De seguro
que no me haría ni la mitad tan viejo como me sentía yo entonces, ni tampoco
me tendría como tan inútilmente discreto y avisado como me tenía yo a mí mismo.
De fijo que no hay otra profesión como la marinera en la que los que andan
ya metidos en el agua, para hundirse o para nadar,
sientan, tanto como en ella, que se les va el corazón hacia el joven que se halla
en la orilla, mirando con ardientes ojos aquel centelleo de la inmensa superficie,
el cual no es más que el reflejo de sus propias miradas, tan llenas de fuego.
¡Hay tan espléndida vaguedad en las esperanzas que a cada uno de nosotros
le llevaron a la vida del mar; tan gloriosa latitud y carencia de límites;
tan hermosa avidéz de aventuras que en sí mismas hallan su único premio!
Lo que conseguimos..., en fin, más vale que no hablemos de ello;
pero ¿hay entre nosotros alguien que, al pensar en ello, pueda reprimir una sonrisa?
En ninguna otra clase de vida se halla la ilusión tan lejos de convertirse
en realidad..., en ninguna otra son *todo* ilusiones al principio...,
y más rápido el desencanto..., más completa la sujeción al yugo.
(C.XI, pp. 139-140).

Pero en el caso de Jim aquella desgraciada decisión equivocada, aquel engaño, la maldición del miedo, le había llegado demasiado pronto y ya no había de liberarse de aquella culpa, de aquel sentido de la culpa, mejor, de aquel remordimiento que había de acompañarle hasta el fin de sus días. Su arrepentimiento fue inmediato, pero ya era tarde para evitar sus consecuencias; inhabilitado para su profesión, aquella mala fama se le imprimió en su corazón mismo hasta inhabilitarle también para permanecer con los suyos, a pesar, como veía Marlow, que era “uno de los nuestros”. Aunque el barco no se había hundido finalmente, Jim llevaba clavados en su cerebro los gritos de los pasajeros abandonados, y esos gritos no los podía expulsar de sí mismo. Su sentido de culpa lo dominaba y era de él del que no era capaz de librarse, de liberarse.

Eché a andar a su lado, en silencio, que me era grato. De modo
que no había habido tales gritos. Pura imaginación. Forzoso me era creerlo.

No oía ya nada más. Y me pregunto yo ahora cuánto tiempo hubiera podido resistir aquello. Porque lo de los gritos iba empeorando cada vez más... Quiero decir... que cada vez los oía más fuertes.

Quedó sumido en sus reflexiones.

-¡Y el caso es que no había oído nada! Bueno..., concedido.
¡Pero las luces! ¡Las luces se apagaron! Nosotros dejamos de verlas.
No estaban allí. De haber estado, hubiera retrocedido yo a nado...,
habría vuelto y dado voces..., habría suplicado que volvieran a admitirme a bordo.
No hubiera dejado perder aquella ocasión... ¿Lo duda usted? ¿Duda de mí...?
¿Cómo sabe usted el estado en que me hallaba yo, lo que sentía...?
¿Y qué derecho tiene usted para dudar...? Si casi, casi lo hice,
estando las cosas como estaban..., ¿comprende usted?
(C.XII,p.149).

Era eso lo que le incapacitaba para rehacer su vida entre los suyos, a pesar de que para Marlow seguía siendo “uno de los nuestros”, y de ahí su intenso interés por aquel joven, su amistad, su protección incondicional. Esa realidad que lo convertía en una suerte de expatriado se iba agudizando cada vez más hasta hacerle de alguna manera impresentable incluso para quienes podían haber confiado en él, como algunos amigos antiguos de Marlow que quisieron prestarle ayuda admitiéndole en sus empresas o compañías. Se sentía deshonrado y, más aún, consideraba deshonrosa cualquier alusión pública a su viejo y primerizo “pecado”. Así lo narra Marlow en otra ocasión decisiva para su futuro y su trabajo. Este es un “desagradable suceso” un día en la fonda donde se alojaba en Bangkok, fonda de un alsaciano llamado Schomberg, cuando trabajaba para unos hermanos suizos, los Yucker, armadores de barcos y comerciantes. Uno de los trabajos que le había proporcionado, a través de sus amistades, Marlow.

No sé si censurar mucho por él a Jim, pero el incidente resultó, en verdad, lamentable, como perteneciente a la clase de riñas de taberna. Fue la reyerta con una especie de danés en cuya tarjeta se leía, al pie de bastardo nombre: *Primer teniente de la Real Armada siamesa*. El hombre era una verdadera calamidad jugando al billar; pero, sin duda, no le gustaba perder. A la sexta partida había bebido ya más que suficiente para que el cuerpo le estuviera pidiendo bronca, y pronunció alguna frase despreciativa contra Jim. La mayoría de la gente no llegó a oírle; pero a los que la oyeron parecía haberseles borrado por completo de la memoria, impresionados por las consecuencias que trajo inmediatamente. Fortuna fue para el danés que supiera nadar, porque la estancia daba a una galería y debajo de ésta corría el río Menam, muy ancho y muy negro entonces. Un bote cargado de chinos, que probablemente serían piratas que iban de expedición, pescó al oficial del rey de Siam, y en cuanto a Jim, presentóseme sin sombrero, a eso de medianoche, en mi barco. “Todo el mundo en la sala parecía saberlo”, díjome, jadeante aún de la reyerta. En principio, y prescindiendo de pormenores, parecía sentir bastante lo ocurrido, aunque en este caso, me dijo, “no había otra alternativa”. Pero lo que le causó espanto fue el ver que todos conocían tan al dedillo

lo que él trataba de ocultar, como si fuera pesado fardo que hubiera estado llevando a la espalda todo el tiempo que allí había pasado. Naturalmente, después de esto, no podía seguir ya en aquel lugar. La reprobación contra su brutal acto de violencia era universal, y más habida cuenta de lo delicado de la situación. Sostenían algunos que forzosamente el hombre debía de estar bebido cuando tal hizo, y criticaban otros su absoluta falta de tacto. (C.XIX,pp.213-214).

En aquellos ambientes mestizados y cosmopolitas de gentes desarraigadas y expatriadas en busca de fortuna, Jim tuvo una última oportunidad de la mano de Marlow y de otro antiguo amigo, Stein, de vida ejemplar de hombre de frontera; bávaro, revolucionario en 1848, huyó a Trieste recién veinteañero, en donde trabajó con un pobre relojero, de allí a Trípoli, en donde conoció a un holandés naturalista al que sirvió de ayudante en sus viajes, del que heredó su afición por los insectos y con el que viajó a Oriente; al regreso del holandés a su tierra, Stein fue ayudante de un escocés con amplios negocios del que heredó su compañía y allí, ya maduro y rico, fue donde el inglés Marlow le presentó a un joven Jim, su compatriota, en el que Stein vio, de alguna manera, a un posible sucesor suyo si lograba salir adelante – su juventud y su fuerza así se lo hicieron intuir – como agente comercial suyo en una factoría perdida en aquellos archipiélagos orientales, Patusán. Allí debía sustituir a un malayo-portugués, Cornelio, desde hacía tiempo inoperativo, y empresa perdida en un mundo fronterizo lejano en el que Jim podía rehacer su vida y rehacerse, como sucedió, sin interferencias del pasado, como un hombre nuevo. Esa es la segunda parte de la novela, a partir del capítulo XX (p.218) y hasta el XLV (p.432), una verdadera historia épica de aventuras. En donde el joven Jim se había de convertir en *Tuan Jim*, algo equivalente a *Lord Jim*, de alguna manera el reverso de aquel personaje que Conrad también había ideado para *El corazón de las tinieblas*, Kurtz.

Los momentos de plenitud de Jim inmerso en aquella lejana frontera, Patusán, en la que incluso llegó a encontrar el amor de una bella mestiza, sufrirán el acoso de otros aventureros sin los ideales que presidían su acción; uno de ellos, al que llamaban el jerife Alí, había llegado a enviarle asesinos que Tuan Jim consiguió neutralizar y reenviar a su patrón con el anuncio de su fracaso. Una vez más, como en otros momentos claves de la acción, aparecen nadadores, de nuevo ante el desastre, que salvan su vida a nado.

-¡Salta! – gritóles con voz de trueno.

Hiciéronlo como un solo hombre; saltó el agua como en un diluvio de salpicaduras; tres negras cabezas moviéronse y desaparecieron; pero continuaron el fuerte resoplar, de cuando en cuando, y el chapoteo, cada vez más débiles, más lejanos, porque los nadadores buceaban hábilmente, temiendo que Jim les mandara, por despedida, un balazo. (C.XXXII,p.322).

Otro aventurero abiertamente ladrón y sin escrúpulos, llamado Brown, famoso en la costa australiana por sus fechorías, interfiere en aquella escondida región por una urgencia en el mar, y terminará llevando la desgracia para todos. En un momento de apuro debió contar con la asistencia de un buen nadador:

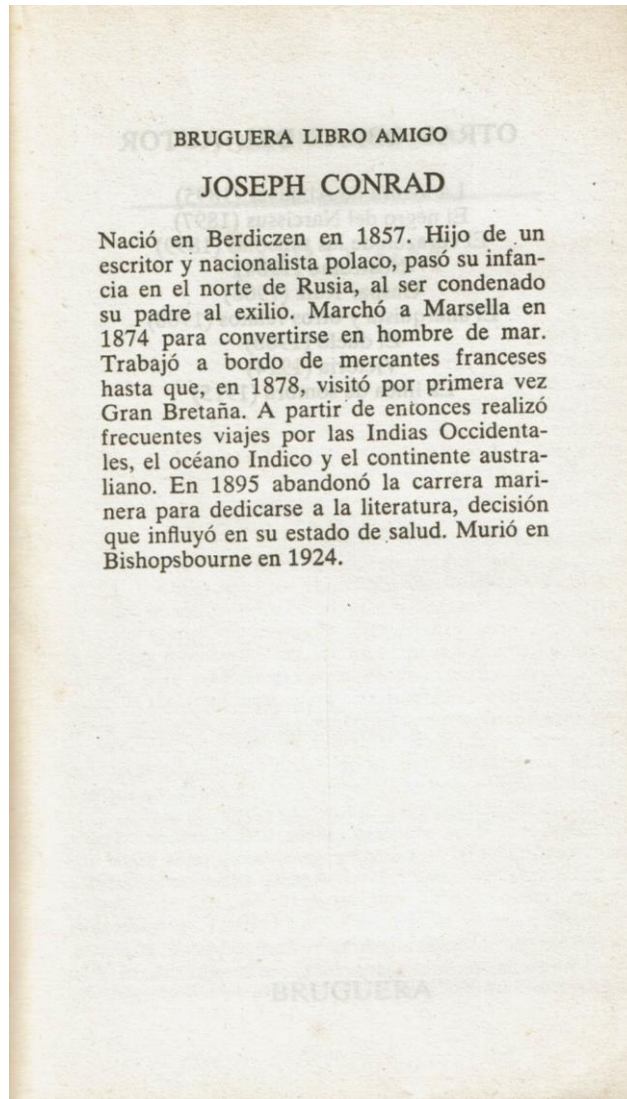
...Contaba Brown en su tripulación con un isleño, secuestrado, siendo muy joven, por él en las islas Salomón, el cual había resultado ser el más adicto y el mejor de sus marineros. Fue éste a nado hasta el barco de cabotaje, que estaba a unas quinientas varas o cosa así, conduciendo el extremo de una cuerda formada por todos los cabos de labor que habían ellos deshilachado con aquel objeto. Estaba el mar tranquilo y la bahía como boca de lobo. Trepó el isleño por encima de la empavesada con el cabo de cuerda entre los dientes. La tripulación, formada toda ella por tagalos, se hallaba en tierra celebrando una fiesta de indígenas, y los dos marineros encargados del cuidado del barco, que dormían, al despertar de pronto creyeron estar viendo al mismo diablo. Viéronle saltar, rápido como el rayo y con ojos relampagueantes, en la cubierta del barco. Cayeron ambos de rodillas, paralizados por el miedo, santiguándose y rezando entre dientes. Con largo cuchillo hallado en la despensa, matólos uno tras otro el isleño, mientras rezaban aún, y con la misma hoja púsose pacientemente a cortar el cable de estopa de coco, hasta que, de pronto, cayó este al agua. Luego, en medio del silencio de la bahía, lanzó el marinero ahogado y cauteloso grito, y, en seguida, la tripulación de Brown, que, entre tanto, había estado esforzándose en ver u oír algo, en medio de la oscuridad, comenzó a tirar suavemente del otro extremo de la cuerda que sostenía. En menos de cinco minutos quedaron juntas las dos goletas, chocando ligeramente y crujiendo las vergas. (C.XXXVIII, pp. 376-377).

Y con esa apropiación clandestina comenzó la última acción violenta de aquella tropa de indeseables que terminó con los sueños de redención propia y ajena de Lord Jim. Con la última desgraciada batalla de Brown contra los hombres de Dain Waris, el hijo y heredero del jefe de los mercaderes de Patusán y amigo protector de Jim, dada por sorpresa y tras engañar a todos a través del propio Jim, se cerraba de alguna manera el ciclo de aquella aventura excepcional. Fue el fiel guardaespaldas de Lord Jim, Tamb'itam, quien llevó a la ciudad el triste aviso.

Comprendió toda la importancia que tenía el que él fuera el primero en llevar la horrible noticia al fuerte. Quedaban, por supuesto, muchos hombres con vida de los que componían el campamento de Dain Waris; pero, en medio del terror que de ellos se apoderó, algunos cruzaron a nado el río y otros lanzáronse como locos entre la espesura de la maleza. El hecho es que, en realidad, no sabían quién era el que había dado aquel golpe..., si detrás de aquellos iban más ladrones blancos..., si se habían ya apoderado de todo el país. Imagináronse víctimas de una gran traición y condenados por completo a total destrucción. Cuéntase que algunos de los grupos que se formaron no volvieron a entrar en la ciudad hasta tres días después. De todas suertes, unos pocos trataron de regresar en seguida a Patusán; pues una de las canoas que vigilaban el río aquella mañana hallábase

a la vista del campamento en el instante mismo del ataque. Verdad que al principio, sus tripulantes saltaron por la borda y fuéronse a nado hasta la otra orilla; pero volvieron a su bote y salieron aterrorizados, río arriba. A éstos llevábales Tamb’Itam un hora de ventaja. (C.XLIV, pp. 431-432).

Este es el tono del relato. Novela de aventuras exóticas y, como pasaba con *El corazón de las tinieblas*, testimonio importante de lo que podía suponer el mundo colonial europeo, ese contacto desigual entre culturas hegemónicas y “civilizadas” con entornos más naturales o primitivos; las nuevas fronteras y las nuevas sociedades fronterizas, la gente de frontera, los nuevos mundos que parecen acercarse, multiformes y en algunos momentos de las vidas de nómada perfil... Modelos que en nuestro siglo XXI no cesan de desarrollarse, de múltiples mestizajes, multiculturalismos y fracturas, desarraigos y expatriaciones, transversalidades y movilidad y nomadeo. La propia biografía de Joseph Conrad es una mínima pildorita de muestra.



He aquí la presentación de la novela que hace el propio Conrad en 1927:

NOTA DEL AUTOR

Cuando apareció esta novela en forma de libro, esparcióse entre el público la idea de que me había yo dejado llevar, a rienda suelta, por el asunto. Sostenían algunos de los revisteros literarios de los periódicos que, habiendo empezado la obra como novela corta, acabó el escritor por perder el dominio del freno que lo retuvo. Uno o dos descubrieron pruebas evidentes del hecho, lo que parecióles divertido. Indicaron entonces los límites a que está sujeta la forma narrativa, y arguyeron que no se hallaría hombre alguno que estuviera hablando tanto tiempo, ni otros que tan pacientemente le escucharan. La cosa era increíble, según dijeron.

Después de estarlo pensando durante unos dieciséis años, no he logrado yo sentirme tan seguro de ello. Hombres se han conocido, lo mismo en los trópicos que en la zona templada, capaces de pasarse en vela la mitad de la noche contando cuentos. Trátase aquí, sin embargo, de un solo, aunque con interrupciones que vienen a ser a modo de descansos, y en cuanto a la paciencia de los oyentes, habrá que admitir el postulado de que el relato era verdaderamente interesante. Tal suposición preliminar es necesaria. Si no hubiera yo creído en este interés, no habría podido ni empezar a escribir mi narración. Respecto a la mera posibilidad física, bien sabemos todos de discursos parlamentarios cuya duración ha sido más bien de seis horas que de tres, mientras que toda aquella parte de mi libro formada por el relato de Marlow puede ser leída en alta voz, digamos, en menos de tres horas. Por otra parte, aunque haya yo omitido rigurosamente en mi historia tan insignificantes pormenores, cabe presumir que algunos refrescos debieron de consumirse aquella noche, algún

vaso de agua mineral o cosa por el estilo, para ayudar al narrador a que pudiera continuar.

Pero, hablando en serio, la verdad del caso es que mi primera idea fue la de escribir una novela corta, relativa únicamente al episodio del barco de peregrinos: nada más que esto. La idea no podía ser más legítima. Sea como fuere, después de escritas unas cuantas páginas sentí, por una u otra razón, descontento de ellas, y dejélas arrinconadas durante cierto tiempo. No las saqué del cajón en que quedaron hasta que el hoy difunto Mr. Guillermo Blackwood me pidió algo para su revista.

Sólo entonces me di cuenta de que el episodio del barco de peregrinos era buen punto de partida para una libre y vagabunda narración; que era también acontecimiento que se prestaba a imprimir un sello especial a todo el «sentimiento de la vida» en un carácter sencillo y sensible. Pero todos esos preliminares estados y agitaciones de espíritu se me aparecieron entonces como bastante oscuros, y no se me presentan aún más claros después del lapso de tantos años.

Las pocas páginas que había arrinconado no dejaron de pesar en mi ánimo al escoger asunto. Pero con deliberado propósito volví a escribirlo todo nuevamente. Desde que di comienzo a mi labor sabía ya que el libro que escribiera sería largo, aunque no acerté a prever que necesitara, para completarse, parte de trece números de la revista Magda.

Algunas veces se me ha preguntado si no era éste, para mí, el preferido entre todos mis libros. Soy enemigo declarado de todo favoritismo en la vida pública, en la privada y aun en el delicado punto de la relación que exista entre un autor y sus obras. Por principio no quiero tener favoritos; pero no he de llegar en mi rigor hasta el punto de que me desagrade y enoje la preferencia que algunas personas muestran en favor de Lord Jim (1). Ni he de decir

(1) "Jim" es un diminutivo de Santiago, de Jaime, de Jacobo o de Diego. He preferido dejar el "Jim" como en el original, porque hartos acostumbrados nos tiene ya el castellano actual a admitir en el uso corriente de la vida social esos diminutivos extranjeros que se hallan en otras obras tan castizas como las de Galdós y otros muchos. (N. del T.)

aquello de «no acierto a comprender...» ¡No! Pero ocasión tuve una vez de sentirme perplejo y sorprendido.

De vuelta de un viaje a Italia, cierto amigo mío estuvo hablando con una señora a quien mi libro no gustaba. Sentílo, como es natural, mas lo que me sorprendió fue el saber en qué se fundaba aquella antipatía. «¿Sabe usted? —había dicho la señora—, ¡todo aquello es de un carácter tan enfermizo...!»

Diome pie tal fallo para estar toda una hora sumido en cavilosa inquietud. Al fin llegué a la conclusión de que, una vez hechas todas las salvedades necesarias respecto a que el asunto en sí mismo era ya bastante ajeno a la normal sensibilidad de las mujeres, no podía ser que la señora fuera italiana. Hasta me pregunto si ni siquiera sería europea. De todas suertes, ningún temperamento latino habría notado nada enfermizo en la aguda conciencia del honor perdido. Puede esta conciencia ser equivocada, o estar en lo cierto, o hasta ser condenada como artificial, y acaso mi Jim no sea un tipo de los más comunes y extendidos. Lo que sí puedo asegurar, sin temor, a mis lectores es que no resulta ser producto de un modo de pensar friamente pervertido. Ni es tampoco figura hija de las nieblas del Norte. Una mañana llena de sol, en los vulgares alrededores de cierta rada de Oriente, yo mismo lo vi pasar en cuerpo y alma..., impresionante..., moviendo a piedad..., significador..., bajo una nube..., completamente silencioso. Lo cual no es más que lo que debe ser. Correspondíame a mí, con toda la simpatía de que era capaz, buscar las palabras apropiadas a lo que representaba. Era «uno de los nuestros».

J. C.

Junio, 1917.

Y una coda final. Si la figura de un nadador nos sirvió para seguir el hilo argumental de una novela tan rica de aventuras y extensa, sólo citar una última alusión a la natación como metáfora (C.XVI, p. 195) para describir una tubería averiada: “La tubería agujereada seguía con sus guturales ruidos, como de alguien que se ahogara, escupiera el agua, chapoteara, pardía ridícula y odiosa del nadador que lucha por salvar su vida”. Que convierte, al final, con esa imagen, en una casi definición clara de lo que la figura de un nadador puede representar tanto en un relato como en una figura individual: alcanzar la libertad, ganar un sentido para la vida a nado – nado nominizado o sustantivado como masculino de nada –, salvar la vida.